
Presentación

1937-1987. Cincuenta años de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana.

Con plena conciencia de ser Facultad de Teología en el tercer mundo. Donde las condiciones históricas, padecidas antes que elucubradas, condicionan y determinan la producción teológica. Y donde la misma producción teológica a partir de nuestra propia historia conoce hoy los más notables desarrollos y nuevos derroteros.

Facultad de Teología con indubitable conciencia de su carácter católico y pontificio. Y de que el Magisterio de la Iglesia no es árbitro externo sino elemento interno para todo teologizar la práctica histórica de la fe viva.

Sabedora, además, de que la teología no es únicamente hermenéutica de textos y documentos. Sino interpretación transformadora de la vida y del texto de la historia que se va viviendo, padeciendo y construyendo. Tematizadora ciertamente del caminar histórico de un pueblo hondamente cristiano y anticristianamente empobrecido.

Por eso, cincuenta años ligados a la producción teológica en Colombia, son cincuenta años caminados en la historia viva del país, siempre desde la óptica de la buena nueva de Jesucristo y desde lo siempre vivido y creído en la Iglesia.

Y es que Dios sigue hablando en nuestros días.

El Espíritu de Jesucristo, la Palabra que se ha hecho carne e historia, prosigue a través de las expresiones sacramentales de la Iglesia-sacramento. Y eso lo hemos experimentado una vez más recientemente.

Ante un hecho económico y financiero que puso en vilo la credibilidad misma en la comunidad cristiana y en sus pastores. Que golpeó la subsistencia misma de no pocas personas sencillas y confiadas y que desconcertó al país. En medio de una difícil situación, quizás complicada aún más por los mecanismos de autodefensa y justificación que es humano esgrimir. En esas circunstancias, los Obispos de Colombia, reunidos en Asamblea extraordinaria, sorprendieron a la opinión el pasado 24 de marzo con un comunicado pastoral, fruto de querer decir "lo que el Señor pide de nosotros en este momento, y lo que nuestros fieles necesitan y esperan como palabra y testimonio nuestros".

Palabra y testimonio hondamente significativos. Porque han sido una palabra pobre y un testimonio pobre. Y son sus ejes, la comunicación cristiana de bienes, por dolorosa que sea para el mismo episcopado, para hacer justicia a quienes resultaron económicamente atropellados. Además, "la conciencia de las lecciones recibidas". "La disponibilidad de colaboración para que se lleguen a clarificar los hechos". Y el perdón ofrecido por las ofensas recibidas de quienes se valieron de motivos justos para denigrar injustamente la valentía moral y la responsabilidad pastoral de nuestro episcopado. Este es el testimonio pobre, expresado también con un modo de decir pobre, y por eso transparente.

En tales circunstancias, Dios ha hablado. La Iglesia colombiana ha sido re-construída. La credibilidad y la esperanza se han afianzado. El hombre creyente se ha sentido apoyado en su proceso de fe por entre circunstancias muy oscuras. El "mundo del dinero" ha sufrido una derrota. El camino y los medios evangélicos para la misión y el testimonio se han consolidado. Y todos bendecimos a Dios que sigue hablándonos en los acontecimientos de nuestra propia historia.

Porque Dios se hace palabra aferrable en las tensiones del caminar humano, sujeto en nuestro medio a tantos y tantos vacíos de estado, de diálogo, de proyectos realistas que sean respuesta a un país que por momentos se está desangrando y descuadernando institucionalmente. La palabra de Dios inscrita en tales hechos, cuestiona e interpela a la producción de una teología honesta.

Porque la cruz del Crucificado puede ser clave hermenéutica y medida proporcional para leer esperanzadoramente la vida de los nuevos crucificados.

Porque la revelación y salvación de Dios acontece por hechos y palabras a lo largo de toda la historia de salvación. Y particularmente en la historia de salvación de los pobres, de los sin nombre y paradójicamente de los sin historia.

Los mismos procesos de madurez humana y cristiana que van conformando una sociedad políticamente más autónoma y una Iglesia evangélicamente más libre, son también capítulo de esa locución de Dios en nuestra propia historia.

Historia que siendo salvífica es también patológica, necesitada de exorcismo y de terapia, de curación y de reconciliación psicológica, moral, ciudadana. Historia que necesita, como pocas, la acción taumatúrgica y sanante de la gracia y de la misericordia.

El Editor